

Gráfico

DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

## CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO  
DIEZ GARCÍA  
CRONISTA DE  
TLAPACOYAN  
alfonso@  
codigodiez.mx

EDICIÓN Alba Marín / FORMACIÓN Dora Laura Sánchez B.

## A seis años del infarto

Hace casi seis años tuve un infarto que casi me cuesta la vida. Solo, en la calle, me vino un dolor en el pecho y en los antebrazos, ganas de vomitar y unas agruras muy fuertes. Sudor frío. Me puse pálido. Me tomé un yogurt y dos aspirinas, me subí al carro y llamé a mi hija Tania, que vivía a dos cuadras de distancia. Le dije que me sentía muy mal y le pedí que me llevara al hospital. Llegué y salió de inmediato. Se puso al volante. Notó de inmediato que estaba yo en medio de un infarto y le llamó a su esposo por el celular. Él le pidió que me dijera que tosiera repetidamente, para intentar salir del infarto y así lo hice.

Del lugar donde estábamos, en el sur de la Ciudad de México, a Médica Sur, se hacen a esa hora de 30 a 40 minutos. No sé cómo le hizo mi hijita, pero hicimos doce minutos. De inmediato me metieron en camilla al área de Urgencias y me preguntaron si me podían hacer una angioplastia. Les dije que yo no podía decidir nada en el estado en que me encontraba (mi tío Luis murió durante una operación similar porque tuvo una reacción alérgica al líquido que le introdujeron), así que les pedí que solicitaran la autorización de mi hija. Ella tenía el mismo temor que yo, pero el doctor Pedro Mendoza, que me atendió, le dijo que si no me la hacían podría yo morir en unos minutos. Así que ella aceptó.

Me salvaron. Permanecí en ese hospital durante cinco días y debilitado, con varios kilos menos de peso y un treinta por ciento de mi corazón infartado. Tardé en salir porque no me podían sacar de una arritmia que surgió tras el infarto.

A raíz de ese problema aprendí muchas cosas. Primero que nada, a cuidar mi dieta: nada de grasas, ni harinas, ni pan, mucho menos pastelitos. Una hora diaria de trotar. Medicinas para combatir el colesterol y los triglicéridos, entre otras.

Una de las causas de los infartos, además de las grasas que ocasionan colesterol y en consecuencia que las venas y arterias disminuyan su grosor, con el consecuente peligro de que se obstruya alguna en el corazón, lo que provoca el infarto, son las emociones fuertes, el estrés.

Hace unos días atravesé por diversos problemas emocionales de los que no he acabado de salir y me subió la presión arterial, para la que no necesitaba medicinas porque la tenía en la medida exacta. Retomé, en consecuencia, la dieta que durante años me mantuvo en muy buenas condiciones, aunque delgado. Los últimos meses me había permitido abandonarla en varias ocasiones. Comencé con medicamentos para controlarla e intento hacer a un lado todo aquello que me pueda causar tristeza, estrés, sufrimiento o emociones fuertes. De no hacerlo así, mi vida corre peligro.

El problema que tenemos en Veracruz, en Martínez de la Torre y en Tlapacoyan en particular, es el exceso de grasa en nuestros alimentos. ¿Está usted pasada o pasado de peso? Deje los antojitos, los pasteles, el pan, las harinas. Haga algo de ejercicio moderado todos los días. Caminar una hora diaria es lo mejor.

Si el infarto me hubiera dado en Tlapacoyan, habría yo fallecido, porque no tenemos un hospital con Unidad de Coronarias. Médica Sur tenía, cuando me dio el infarto, la mejor unidad. Si hubiera yo llegado diez minutos tarde, habría muerto, le aseguré el doctor Mendoza a mi hija.

Viajo con frecuencia a encuentros culturales, a presentar libros, a dar conferencias, a congresos diversos, debido a eso y a mi trabajo como periodista y editor. Estoy siempre entre Tlapacoyan, la Ciudad de México y otras ciudades. Si me viniera otro infarto estando en Tlapacoyan, he pedido a mis amigos que me trasladen de inmediato al hospital Ángeles, en Xalapa. Es el más cercano con Unidad de Coronarias. De otra manera, no me salvo. Usted, querido lector, tome estas palabras como un consejo vital.

Cuando me pegó el infarto escribía, entre otros, para la Quinta Columna, de Puebla y después de éste escribí unas líneas que voy reproducir para ustedes: Viví en Puebla una parte importante de mis primeros años de vida y los recuerdos quedaron grabados de tal manera que afloran dejando volar imágenes, sucesos, lugares y personas inolvidables, que a la fecha evoco con nostalgia.

Maximino Ávila Camacho murió exactamente un año antes de que yo naciera (y ofrezco disculpas por hablar en primera persona, en este caso es pertinente), pero las primeras noticias sobre el exgobernador no las tuve en Puebla, sino en Tlapacoyan.

Mi tío Alejandro le leía todos los días algún libro a doña Eufrosina Camacho de Ávila, que residía en Teziutlán. Casi siempre vidas de santos. Fue alrededor de 1933. Salí de Tlapacoyan para estudiar la primaria en la tierra de Maximino y resultó que uno de sus deberes era la lectura obligada, todas las tardes, a la

## Un largo y sinuoso camino



El palacio municipal de Tlapacoyan, tras el incendio de 1920.

mamá de los Ávila Camacho.

Años antes, una de las casas más grandes y céntricas de Teziutlán perteneció a mis bisabuelos. Estaba ubicada en el número 3 de la 9ª calle de Avenida Central Hidalgo y su construcción abarcaba toda la manzana. Aunque la casa se vendió porque mi familia se dedicó de lleno a atender la hacienda El Jobo, que era de su propiedad, y en consecuencia era muy problemático viajar con la frecuencia requerida a la casa de Avenida Central Hidalgo, quedaron en esa población muchos familiares y amigos; además, Teziutlán era la cabecera, el centro del comercio de toda la zona que iba de ahí hacia el oriente, pasando por Tlapacoyan, Martínez de la Torre y San Rafael.

Tlapacoyan está a treinta kilómetros de distancia de Teziutlán, pero entonces no había carreteras ni automóviles y la travesía a caballo se llevaba alrededor de ocho horas.

El Jobo está a unos cuantos kilómetros de Tlapacoyan, sobre la carretera que va a Martínez de la Torre; había pertenecido al que fue primer Presidente de México, Guadalupe Victoria, y fue una de las haciendas más grandes de la república.

Su extensión era del orden de cientos de miles de hectáreas; El Jobo entonces estaba delimitado en una franja de diez kilómetros de ancho que corría comenzando (por la parte poniente) en una mojonera que a la fecha existe sobre la carretera Tlapacoyan-Martínez de la Torre (a dos kilómetros de Tlapacoyan) y al oriente llegaba a la costa del Golfo de México e incluía en su interior lo que ahora son las ciudades de Nautla, San Rafael y Martínez de la Torre.

Así que la vida de mi familia era más sencilla si se limitaba a los pequeños viajes entre la hacienda El Jobo y la casa de Tlapacoyan, sin extenderlos a Teziutlán.

La relación con los Ávila Camacho fue indudablemente muy valiosa para mi papá y sus hermanos, que formaron una empresa de transporte a base de camiones con cajas refrigerantes llamada "Diez Cano Hermanos" y para poder comprar los vehículos se acercaron al presidente Manuel Ávila Camacho, quien indicó al director de Nacional Financiera que les proporcionara los fondos necesarios en calidad de préstamo.

Pero Maximino, entonces gobernador del estado de Puebla, quería ser Presidente de México. Le molestó mucho que fuera su hermano menor, Manuel, quien sucediera a Lázaro Cárdenas en la presidencia. Se refería a él de manera despectiva entre sus allegados. A pesar de eso, Manuel le dio a su querido hermano un lugar en el gabinete como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

Llegado el momento de la sucesión de Manuel, Maximino amenazó con matar a Miguel Alemán si su partido, el PRI, nominaba al veracruzano como su candidato; pero Maximino no llegó a la recta final, murió el 17 de febrero de 1945 y el primero de diciembre de 1946 tomó posesión Alemán.

Eran días de cacicazgos que retrata la película "Río Escondido". En las calles de Tlapacoyan, los pósteres promoviendo la candidatura de Alemán para presidente decían: "Mexicanidad" y lo mostraban con bigote y muy moreno. ¡Cómo cambió!

Los capítulos de Alemán y Ávila Camacho son recurrentes, nunca se cierran; y por cierto, el gobernador de Veracruz en esos días (1944-48) era Adolfo Ruiz Cortines, quien a partir del

1 de diciembre de 1952 se convirtió en Presidente de México, como sucesor de Alemán.

**Hasta aquí los antecedentes, los nexos, el entorno.**

Volvamos a Puebla. Yo tenía 2 ó 3 años de edad cuando viví por primera vez frente al Jardín de Analco, que ya desapareció. Entonces había construcciones por los cuatro costados. Frente a nuestro hogar, cruzando el jardín, estaba la Tenería Victoria, donde trabajaba mi papá. A la izquierda la iglesia y a la derecha el kínder (y primaria) del "Verbo Encarnado" en que por primera ocasión entré a un aula. Primero en Tlapacoyan, para el catecismo, en el Patria y luego aquí.

Cerraron el kínder y mi nueva escuela estaba a 6 ó 7 cuadras de distancia.

Un día, ya a la edad de 4, ninguno de mis padres llegó a recogerme porque cada uno pensó que el otro iba a ir, y me animé a regresar a casa por mi cuenta. Fue mi primer recorrido solo por las calles de Puebla, pero a esa edad, se trató de un largo y sinuoso camino (dicen los Beatles). Me perdí, pero buscando señales, construcciones conocidas, recuperé el camino a casa.

Nos íbamos al centro, a caminar por el parque; gozábamos los festejos populares, las fiestas, las posadas y los desfiles.

Recorrer Puebla era fácil, no era tan grande y tenía las calles muy bien trazadas. Con una nomenclatura que no dejaba que nadie se perdiera.

Tuve la suerte de que mi mamá comenzara a leerme desde que yo era un bebé. Motivó mi amor por la lectura y a los 4 años ya sabía leer y escribir, sumar y restar, multiplicar y dividir.

Cuando a los 5 me llevó mi madre a inscribirme en la primaria, en el Centro Escolar Revolución (ya en la Ciudad de México), mi maestra de primero, Margarita, le recriminaba que debía yo haber entrado a tercero.

Puebla inolvidable. La ciudad en la que abrí los ojos al mundo maravilloso de las letras, a la más temprana edad, gracias al amor y las enseñanzas de mi madre. La primera vez que lloré tras escuchar un relato fue en nuestro hogar frente al Jardín de Analco; se trataba de "De los Apeninos a los Andes", de Edmundo de Amicis. "Corazón, Diario de un Niño" se convertiría en uno de mis libros de cuentos favoritos.

En Tlapacoyan, también entrañable, escribiría, a los 6 años de edad, mi primer cuento, mi primer fantasía.

**Soy de aquí y de allá**

El anuncio con la publicidad de una película del Piporro, en la que éste es un bracero en Estados Unidos, decía: "Con un pie al norte del Río Bravo, otro al sur y los dos en ningún lado", refiriéndose a ese tipo de migrante ilegal (espaldas mojadas, les decían) que nunca logra el arraigo en el norte, no se integra a la cultura de aquel país y para colmo va perdiendo la que tenía.

Yo plantearía las cosas de otra manera: Con un pie en la Ciudad de México, otro en Tlapacoyan y uno más en Acapulco (mi casa en la playa), puedo darme el lujo de decir, a diferencia del autor de "No soy de aquí, ni soy de allá", que soy de todos esos lados, tan queridos y añorados, que a la fecha me acompañan por donde quiera que vaya.

No excluyo. Cuando he estado en París, Nueva York, Madrid, Londres, Ginebra o Milán me integro, soy así un poblador más de esos países, un

ciudadano internacional. La generación de mis nietos tendrá este distintivo. Como sucedió en Europa, algún día América eliminará fronteras.

Igual que Facundo Cabral, no tengo edad, pero sí confianza en el porvenir. Igual también que Cabral, ser feliz es mi color de identidad...

Si no eres de aquí, ni de allá, no tienes claros los objetivos.

Hay que crecer, evolucionar, como decía el admirado actor argentino, Luis Sandrini: "Hasta que el cuerpo aguante".

Esos primeros pasos de la infancia pasan frente a mí como si se tratara de una película: Justo Sierra, el Jardín de Analco, Ferrer 203. Capítulos que podrían trazarse a partir de diversas instituciones educativas. Pero la Filosofía fue fundamental, me descubrió otra óptica

del mundo. El Psicoanálisis me la dio de mi entorno.

Como conclusión, vislumbro cinco lenguajes fundamentales: 1: La Filosofía, que nos permite la comprensión de todo: Quiénes somos, a dónde vamos, de dónde venimos, ¿materia o espíritu? 2: Las Matemáticas, que nos dan una parte importante de nuestra formación académica y nos enseñan a estructurar, a tejer redes. 3: El Ajedrez, que aunque es un juego nos enseña a concentrarnos y a planear estrategias. 4: La Poesía, con todas sus variantes, que nos indica el camino de la palabra y nos impulsa a dejar volar la imaginación, y 5: La Música, que alimenta nuestra sensibilidad y le da cauce a nuestros sentimientos, o, como dicen los clásicos: "Es el alimento del alma".

Hasta aquí el tema central, porque desafortunadamente el espacio impide que corra la pluma. Confucio decía que "una caminata de 8 mil kilómetros comienza con un paso", que en este caso está dado. El libro sigue abierto.

**Reconocimiento final**

Los sitios en Internet no son exclusivos de determinada población, son internacionales y en consecuencia, las publicaciones por este medio lo son también. Es el caso de mis "Personajes" en Código Diez (codigodiez.mx) y de estas Crónicas de Tlapacoyan. Gracias a estas y otras tribunas he recibido mensajes y documentos, vía correo electrónico, no sólo de diversas partes de la república, sino de otros lugares del mundo: de España, Estados Unidos, Inglaterra, Francia...

Parece increíble, pero gracias a este tipo de difusión tengo ahora apreciados amigos que de otra manera no habría conocido, o conocidos que ahora son mis amigos, y amigos que lo son más, además de parientes que nunca he visto en persona y me han reconocido y escrito. La comunicación con mi propia familia es más cálida, más cercana. El texto, leído por esta vía, es más personal que el impreso, porque forma parte de nuestro entorno más íntimo.

Éste es un reconocimiento que debo hacer, a todos ustedes, los que menciono en el párrafo anterior, a los que me leen en estas páginas y a los que de manera anónima se interesan en estas líneas, con mi agradecimiento y la expresión de mi más alta estima...

Y es, también, el mejor final para esta crónica.



El palacio, remodelado, todavía sin el reloj central actual en la parte superior.



El palacio, a la derecha, ya con reloj, en 1935; al fondo, El Vaivén, ahora llamado Las Ranas, en la esquina de Cuauhtémoc y la que se llamó Calle Real, luego Alatorre y finalmente Héroes de Tlapacoyan.



Al comenzar los cuarentas, el palacio, ya con reloj. No existía el actual Hotel Plaza, antes Hotel Croche y no existía tampoco la banqueta frente a éste. La entrada al parque, por la esquina de Cuauhtémoc e Hidalgo, era diferente.